

—¿Cómo desea el retrato?

—De cuerpo entero.

Dib. GARRIDO.—Madrid.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

| | |
|-----------------------------|---------------|
| Trimestre (13 números)..... | 5,20 pesetas. |
| Semestre (26 —)..... | 10,40 — |
| Año (52 —)..... | 20 — |

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

| | |
|-----------------------------|--------------|
| Trimestre (13 números)..... | 6,20 pesetas |
| Semestre (26 —)..... | 12,40 — |
| Año (52 —)..... | 24 — |

EXTRANJERO

UNION POSTAL

| | |
|----------------|------------|
| Trimestre..... | 9 pesetas. |
| Semestre..... | 16 — |
| Año..... | 32 — |

ARGENTINA (Buenos Aires)

| | |
|---|--------------|
| Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856. | |
| Semestre..... | \$ 6,50 |
| Año..... | \$ 12 |
| Número suelto..... | 25 centavos. |

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería. S. A., Apartado 605. Habana

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

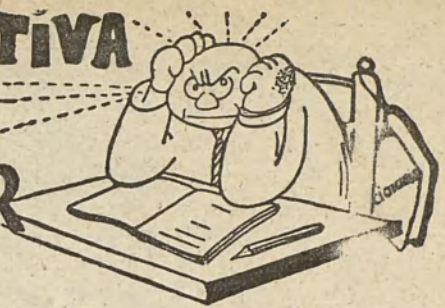
Los famosos polvos insecticidas

LEYER Y COMP. A

Son infalibles para la destrucción de toda
clase de insectos



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

69.—Causó muchos destrozos.

Artículo
Tira 5
Rústico
CH

70.—Carece de urbanidad.

N
O O O
T A
O T

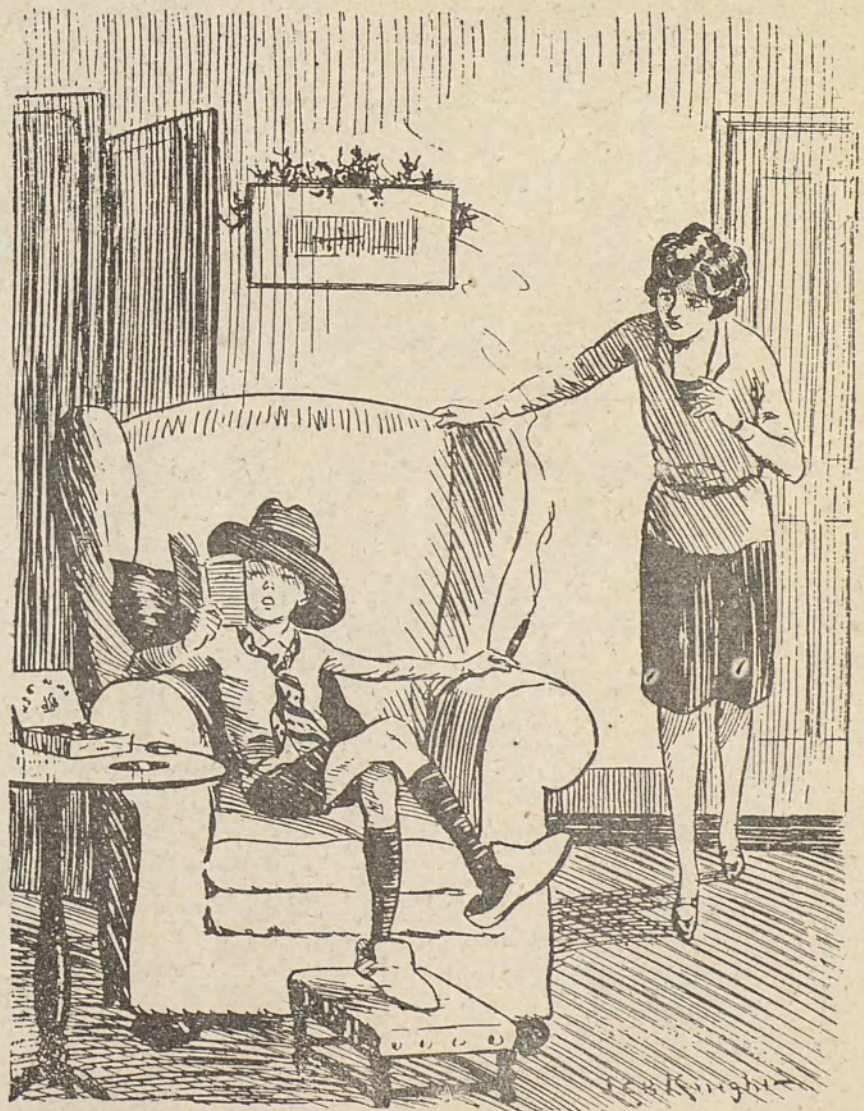
71.—Déjame de líos.

N O L
V NOTA
CARBONO NOTA
S

72.—No es mala compañía.

MEDILA
Río Respadaña

ALBERTO Pulseras de pedida
7, CARRIVAS, 7



REPRESALIAS

—Pero niño, ¿qué es eso?, ¿tú fumando?
—Naturalmente: ¡como papá está toda la mañana jugando con el ferrocarril que me han regalado!...

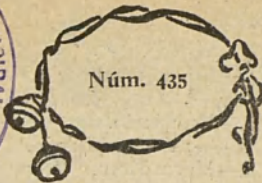
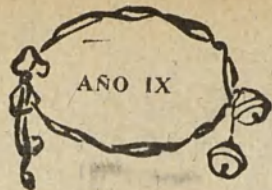
(De The Passing Show.)



Ella.—Parece que ese elegante camarero se ha disgustado porque le has dado propina.

El.—Sí; pero no creo que haya padecido mucho su dignidad, porque sólo le he dado treinta céntimos.

(De London Opinion.)



LO QUE UNO VE CUANDO MIRA

AMOR...

(APUNTES TOMADOS DEL NATURAL)

LA DAMA

La mesa de al lado estaba vacía. Pero estuvo vacía poco tiempo.

En seguida, una mujer joven y elegante entró en el café, miró a su alrededor, dió unos pasos, vaciló, se detuvo, dudó y—por fin—vino a sentarse a la mesa de al lado.

La dama se ceñía con un abrigo negro y llevaba, debajo, dieciocho gramos de vestido verde.

El verde del vestido era "verde veronés".

El negro del abrigo era "negro Fleming".

LA DAMA, EL CAFE Y YO

Despedía una intensa atmósfera de esencia de "baise-moi une jambe"; parecía muy orgullosa del rubio frenético de sus cabellos, y tenía—resueltamente—el aire de una persona que no pierde el aplomo jamás.

Me miró. Me miró como se mira un paraguas que alguien ha dejado olvidado en el asiento. Miró también cuartillas que, a medio escribir, yacían desparramadas por la mesa, y en sus ojos azules (1) hubo un cabrileo fugaz en el que descubrí sus ideas. La dama estaba pensando, indudablemente:

—¿Quién será este idiota y qué majaderías estará escribiendo?

(Porque la misma mujer desconocida que al leer vuestras cosas va a quedar de pronto ensimismada y tratando de imaginarse vuestra vida, si os ve escribiendo pensará de vosotros que sois unos idiotas.)

Todo el café miró abiertamente, con los párpados dilatados por el asombro y el deseo. Yo la miré de una sola y levisíma ojeada y — para mis

(1) Dos. La dama tenía dos ojos igualmente azules.

adentros — la dediqué este parrafito:

—Finge, engaña a los demás, adopta actitudes desdenosas e interesantes de falsa emperatriz en el destierro... Para mí trabajas de balde. Sé que por dentro has de ser igual de tonta, igual de egoísta, igual de aburrida e igual de vulgar que otra mujer cualquiera. Por mi parte, puedes seguir fingiendo...

Y me quedé tan ancho.

EL CABALLERO

Al poco rato entró en el café el caballero que estaba citado con la dama.

Era un individuo corriente: ni tan viejo que hiciera pensar en el hombre de Cro-Nagnon, ni tan joven que mereciese que se le regalara un triciclo; elegante, también. Y provisto de un bigote que se atusaba de vez en cuando para convencer a la gente de que era suyo.

EL DIALOGO

El caballero se sentó junto a la dama. Sonrisas tiernas. Un largo apretón de manos.

Y comenzaron a hablar en un tono tenue, pero no tan tenue que no llegase a mis oídos.

Oíd la clase de cosas que se decían:

EL.—¿Qué hiciste anoche?

ELLA.—Me acosté temprano.

EL.—¿Pensaste en mí?

ELLA.—Hasta dormirme.

EL.—¿Amor mío!...

ELLA.—¿Y tú? ¿Qué hiciste anoche tú?

EL.—Me acosté en seguida de comer.

ELLA.—¡Embustero!

EL.—Te lo juro por la memoria de mi padre.

ELLA.—¡Ah! ¿Y pensaste en mí?

EL.—Me dormí con tu retrato bajo la almohada.

ELLA.—¡Nene!...

(En este instante yo bostecé la primera vez.)

EL.—Sé que anteanoche fuiste al cine...

ELLA.—Sí. Con mi hermano.

EL.—¿De veras que fuiste con tu hermano?

ELLA.—¿Qué celoso eres! ¿Con quien iba a ir? Tú sabes que, si no es contigo, no soy feliz con nadie...

EL.—¡Chiquilla!...

(Segundo bostezo mío y primera náusea contenida.)

EL.—¿Qué bonita vienes!

ELLA.—¿Te gusto hoy más que ayer?



Dib. SILENO.—Madrid.

EL.—Infinitamente más.
 ELLA.—¿Que te parece este sombrero?
 EL.—Estupendo.
 ELLA.—¿Y el vestido?
 EL.—Maravilloso. Y además pienso que... (Unas frases del caballero al oído de la dama.)
 ELLA (poniéndose encarnada con una facilidad escamante).—¡Calla, tonto! Si alguien te oyera...
 (Me revolví nervioso en mi asiento.)
 ELLA.—Y los zapatos, ¿te gustan?
 EL.—Son divinos.
 ELLA.—¿Y el abrigo?
 EL.—Precioso.
 ELLA.—¿Este broche...?
 EL.—Es una filigrana.
 ELLA.—¿Y las medias?
 EL.—Encantadoras.

(Suspiré profundamente y comencé a hacer esfuerzos para no oír aquel diálogo. Pero el diálogo seguía martilleando en mi cerebro.)
 EL.—¿Me quieres todavía un poquito?
 ELLA.—Te adoro.
 EL.—Pero no tanto como yo a ti...
 ELLA.—¡Más!
 EL.—¿Más? Más es imposible.
 ELLA.—¡Adulador!
 (Me puse, nerviosísimo, a tararear un cuplé.)
 ELLA.—¡A cuántas les habrás dicho lo mismo!
 EL.—Sólo a ti.
 ELLA.—No me gusta que mientas.
 EL (arrellanándose en el diván).—Dime, mi cielo, ¿me querrás siempre como ahora?

ELLA.—Siempre.
 EL.—¿Eternamente?
 ELLA.—Eternamente.
 (Segunda y tercera náuseas por mi parte.)
 EL.—Si yo muriese algún día, amor mío, ¿volverías a amar?
 ELLA.—Nunca.
 EL.—Nunca, ¿verdad?
 ELLA.—Jamás.
 EL.—¿Qué harías?
 ELLA.—Iría a diario al cementerio a llevarte flores y a llorar...
 EL.—¡Mi tesoro! (Besándola las manos.) ¡Mi gloria! ¡Mi reina!

EL AMOR

Fué entonces cuando me levanté y llamé al camarero, que era un joven de veintitantos años.

Acudió el mozo; le puse una mano en el hombro y con la otra mano señalé a la pareja. Y hablé así:

—Querido camarero y amigo: Ahí tienes el amor. Míralo bien; grábalo a fuego en tu memoria; que no se te olvide nunca... Ese espectáculo repugnante e imbécil es lo que cantan los poetas...

El y Ella alzaron los rostros y me miraron sorprendidos. Yo continué como si tal cosa:

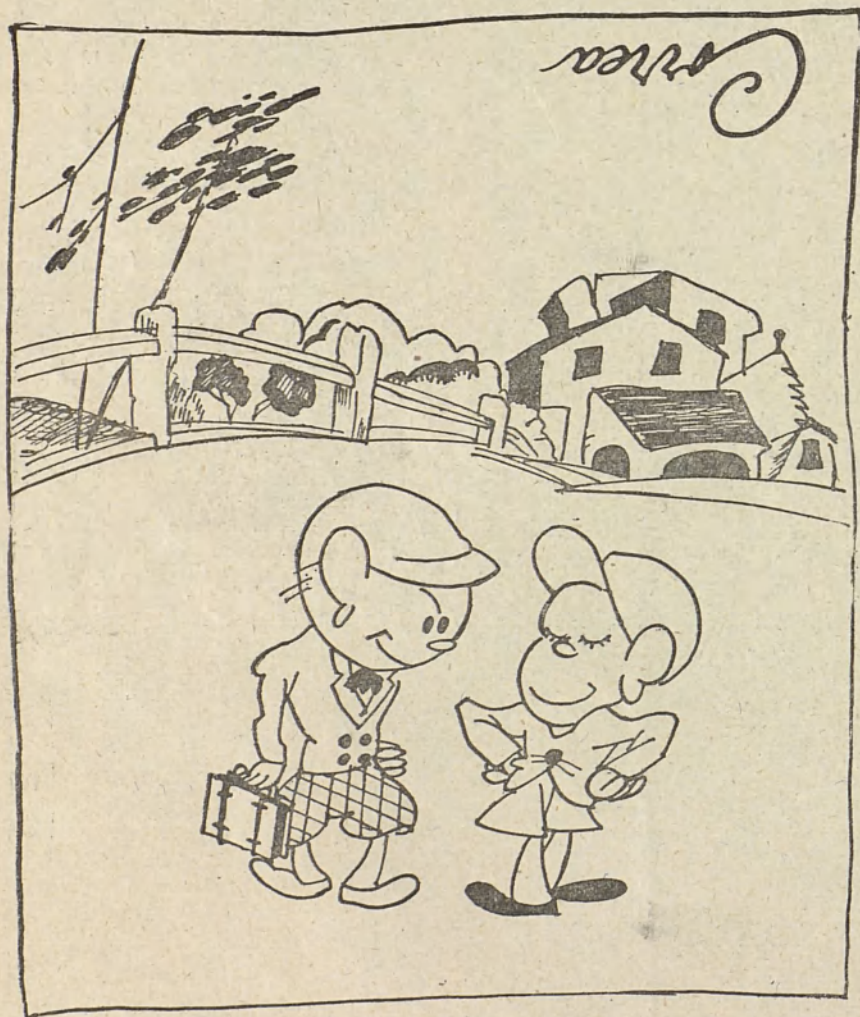
—Eso que tienes delante de las narices es el amor, y, en la opinión de todo el mundo, la única razón de la existencia. Obsérvalo, estúdialo a fondo. Amor es decirse mentiras y bobadas apretándose las manos por debajo de una mesa... Amor es preguntar a qué hora se ha acostado uno... Amor es jurar que, fuera de la persona amada, lo demás no existe... Amor es llamarse celoso mutuamente... Amor es elogiar los vestidos y los sombreros de la elegida... Amor es discutir, en un diálogo irresistible, quién quiere más al otro... Amor es afirmar que se tiene la eternidad en la mano... Amor es decir que se va a ir al cementerio a diario a llevar flores... ¡¡Amor es creerse esto!!...

Levanté los brazos al techo en una actitud de héroe griego, y grité:

—¡Y pendiente de semejante sandez vive la Humanidad desde que el planeta comenzó a voltear por los espacios!... ¿No es para dedicarse al anarquismo? ¡¡Sí!! ¡Hay que hacerse anarquista! ¡¡Yo soy anarquista!! ¡¡Mira!!

Y, cogiendo en alto una silla, la dejé caer sobre el cráneo de la dama y luego sobre el cráneo del caballero.

Y sólo cuando los vi desvanecidos y tirados del revés en el diván, abandoné el café satisfecho de mí mismo y con el aire de un filósofo de la escuela contundente.



—¿Por qué no has ido a la escuela?
 —Porque ayer me lavé la cara y me envió el maestro a casa, creyendo que estaba enfermo.

Dib. CORREA.—Madrid.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



El guarda pequeñito.—¡Como sigan ustedes pisoteando el césped con sus bromitas idiotas, me voy a ver obligado a ponerles una multa de dos pesetas!

Dib. SAMA.—Londón.

Información telegráfica de "Buen Humor"

NOTICIAS DE PROVINCIAS Y DEL EXTRANJERO

UNA INTERESANTISIMA NOTICIA.—**Burgos, 30.**—Los aristocráticos señores de Rodríguez López, muy conocidos en Burgos, aunque, por desgracia, absolutamente desconocidos en el resto de España (y no digamos en Europa y en el Senegal), invitaron anteayer a unos cuantos amigos a una pequeña reunión, con objeto de que pudieran admirar, si les daba la gana, los progresos musicales de su hija, que sólo en veinte meses ha aprendido a tocar la pianola como una consumada maestra.

Los asistentes al acto quedaron maravillados de la precisión y el mecanismo de la muchacha, para la que tuvieron entusiastas elogios, siendo impresión general la de que la señorita de Rodríguez López, toca mucho más que la lotería (que en Burgos no toca casi nunca).

La Prensa de esta capital ha felici-

citado a los afortunados padres de tan fenomenal criatura, y algunos elementos piensan iniciar una campaña para que le den un premio.

Después de tocar tantas veces, un premio nos parece poco.

FALLECIMIENTO SENTIDO.—**Calatayud, 30.**—Uno de los pasados días ha muerto en esta célebre población un sepulturero llamado Atanasio Villabuena, que había llegado a hacerse famoso por ciertos detalles dramáticos de su furibunda vida.

En Calatayud se recuerda sobre todo la época en que Atanasio se volvió loco al darse cuenta de que tenía el mismo apellido que la Dolores y calcular que podían pensar de él las mismas enormes cosas que pensaban de la pobre muchacha, tan popular en la Península y el extranjero. De nada sirvió el que le hicieran ver que

era sepulturero y que, por tanto, no estaba en condiciones de hacer un favor ni a su padre. Atanasio tuvo que ser llevado a un manicomio; y menos mal que el eximio doctor que regentaba el alegre y carcajeante establecimiento, siguió con él un sistema curativo de una genialidad inefable: un día le mandó que le afeitase, y Atanasio confesó que ignoraba tal oficio; otro día le pidió cinco duros, y Villabuena contestó que no tenía suelto; al día siguiente, le suplicó que le cantase una romanza de "Los Gavilanes", y el loco, consternado, dijo que no sabía la música; y, por último, una mañana le ordenó que se arrojase de cabeza al estanque, y Atanasio ne negó resueltamente. El doctor, muy enfadado, protestó:

—¡Usted no es capaz de hacer el menor favor, y está usted presumiendo! ¡¡Váyase a la porra, idiota!!...

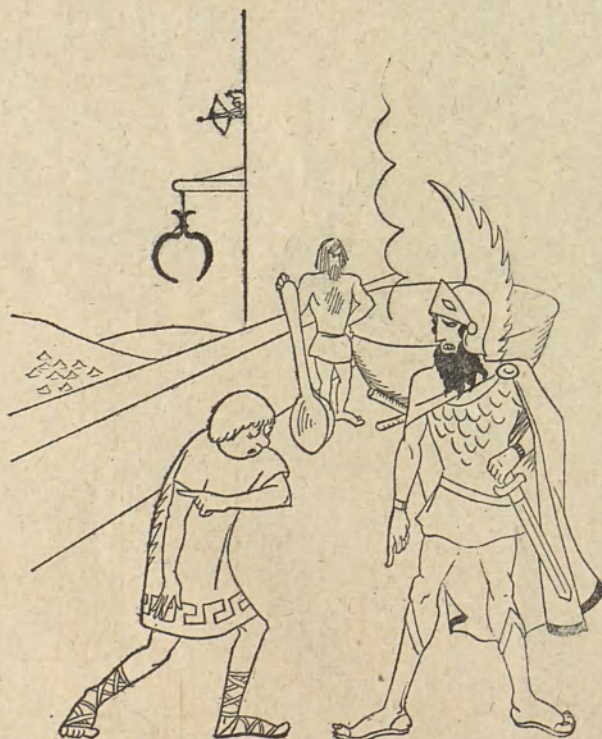
Y Villabuena salió del manicomio convencido de su lastimosa equivocación y volvió a Calatayud, donde ha seguido ejerciendo su profesión de enterrador con tal perfección y práctica que, el día que ha muerto, se ha enterrado él solito, sin consentir ayudas de nadie.

¡Descanse en paz o en donde quiera!

LA CENSURA ECLESIASTICA.—**Córdoba, 30.**—Ha producido gran indignación entre los elementos avanzados la conducta anómala de un sacerdote de esta provincia, que después de decir en el púlpito que está hasta la coronilla de la inmoralidad reinante, ha estimado que era escandalosa una reproducción de "La maja desnuda", que figuraba en cierto libro de la Biblioteca del Casino, y ha engomado las páginas correspondientes para que no pueda verlas ni el sacristán.

Se pregunta aquí la gente liberal que qué es lo que habrá encontrado el pudibundo clérigo en "La maja" para tomar tan extrema resolución. La pregunta es un tanto inocente. El sacerdote dirá, nos lo estamos figurando, que no ha encontrado nada; pues de haber encontrado siquiera unas enaguas y unas zapatillas de orillo, no habría agarrado el tarro de la goma con tanto furor.

Supónese que este ínclito velador de las desnudeces de Museo, no ha visto el cuadro de "Las tres gracias", porque, de verlo, es de suponer que no se hubiera conformado con pegarle,



DEL BLOQUEO DE SMIRNA

El esclavo griego.—¡Salve, hijo de Apolo! ¡Las huestes de Cayo Plácido, unidas con Cayo Tulio, prepáranse al asalto!

El caudillo ateniense.—¡Bien! ¡Que preparen el agua caliente para los Cayos!

Dib. PEIRÓ.—Madrid.

como al otro, sino que le habría dado un tiro.

Los elementos intelectuales piden que ese señor sea amonestado, aunque le moleste, y váyase por las amonestaciones que él hace en las vísperas de las bodas, y que son tan merecidas, ¡lo reconocemos!, como la que ahora se pide para él.

Bueno es que se pegue con goma, y hasta con sindetikón, un cuadro en que apareciese Sánchez de Toca en la actitud de "La maja", aunque el predominio de la nariz atraería todas las miradas; y santo y buenísimo nos parece que si Romanones, Bugallal y Cambó posasen como "Las tres gracias", no nos hicieran gracia ninguna, ni al sacerdote, ni a nosotros, ni a nadie. ¡Pero, hombre, pegar con goma a "La maja desnuda", no pega ni con cola!

Aparte de que un sacerdote no es lo mismo que un novillero de "tronío": ¡que cuando viene "pegando" es cuando más nos gusta!

UNA CRECIDA.—Toledo, 30.—El Tajo ha crecido estos últimos días una barbaridad.

Con este motivo se cree que no va a haber más remedio que ponerle de largo.

DESCUBRIMIENTO SENSACIONAL.—Londres, 30.—En la Academia de Ciencias de esta anubarrada metrópoli, acaba de afirmarse por el eminente explorador James Kuntis, una cosa tan bestial, que ha de causar estupor en todo el mundo científico. El talentado preopinante ha asegurado por la gloria de su padre, que los primeros ciudadanos que han comido callos en el mundo, han sido los antropófagos.

En prueba de su aserto, ha leído ciertas cartas que se conservan de los primeros exploradores del Africa central. Uno de ellos, Sir Robert Macpheon, refiere que después de andar cuatro mil kilómetros en unión de doce compañeros, cayeron todos en poder de unos salvajes hambrones que se los deglutieron en dos minutos. Y la consecuencia es clara y rotunda: si habían andado cuatro mil kilómetros, no tenían más remedio que tener una de callos que sería un espanto. Y si los antropófagos se comieron la expedición entera sin dejar migaja, es innegable que se comieron los callos también.

La Academia de Ciencias, ante este bárbaro descubrimiento, está satisfechísima, aunque no tanto como lo estarían los aludidos salvajes después del referido banquete.

VIAJERO ILUSTRE.—Jaca, 30.—Uno de estos días es esperado en Jaca el portentoso ingeniero Lucas Tetuán,

que viene con el objeto de comenzar las obras de dos caminos vecinales hasta la frontera francesa, otro hasta Panticosa y otro hasta la provincia de Zaragoza. Esta magna obra, cuyo glorioso final hará que el nombre de Tetuán vaya unido a los cuatro caminos, es la suprema aspiración de Jaca hace largos años.

Se le prepara un gran recibimiento, cuyos primeros agasajos se le harán al egregio ingeniero en el instante de apearse en Jaca.

Y por cierto que esto de apearse en Jaca es lo que más va a sorprender de todo el viaje, porque hasta hoy, la costumbre era montarse en

Jaca y luego apearse de Jaca, pero cada día aprende uno una cosa nueva que ni remotamente se figuraba que podía aprender.

MANIFESTACIONES DE VORONOFF.—Berlín, 30.—El corresponsal de uno de los más importantes diarios alemanes ha celebrado una entrevista con el ilustre doctor Voronoff, el cual ha hecho nuevas e interesantísimas manifestaciones acerca de sus métodos de rejuvenecimiento.

Según Voronoff, para devolver la juventud a un anciano de clase corriente, basta con las glándulas de un mono normal.



El.—¡No se moleste, señorita! Ponga la cara que ponga, no la voy a dejar en paz.

Ella (aparte).—¡Qué idiota!... ¡Merecía que me casara con él!

Dib. DEMETRIO.—Madrid.

Si el anciano es exagerado, es decir, de esos de la lengua tén, hacen falta dos monos para devolverle la repetida juventud. Y si pasa de cien años de edad, lo menos son precisos tres monos, y no se puede responder de la devolución susodicha.

Lo que desde luego niega Voronoff es que sirvan las monas para devolverle la juvenil alegría a nadie.

Y esto es lo que más nos ha extrañado: que con una mona no se pueda devolver nada.

Nosotros habíamos creído siempre lo contrario.

CEMENTERIO DESAPARECIDO.
Nápoles, 30.—Con motivo del ensanche que se está haciendo en toda Italia por orden de Mussolini, ha sido derribado el viejo cementerio del pueblo de Bonizzona, que no hacía más que estorbar a los automovilistas.

Era un cementerio de tan escasa importancia, y era tal la insignificancia de los cadáveres enterrados en él, que los fuegos fatuos se habían avergonzado de ser fatuos sin haber motivo, y en estos últimos tiempos eran unos fuegos modestísimos.

Por esta razón, el cementerio era bastante visitado por los turistas aficionados a lo macabro, los cuales dejaban algún dinero al comercio de Bonizzona.

La desaparición del cementerio ha levantado protestas en el pueblo, pues la gente dice que es su ruina y que se van a morir todos de hambre. Y si encima de obligarles a que se mueran, les dejan sin cementerio en que poderse enterrar, díganme ustedes si este no es un atropello de los más incalificables que se han confeccionado en el presente año.

INCENDIO COLOSAL Y CRIMINAL.—París, 30.—Anoche se declaró un incendio de consideración (mejor dicho, de desconsideración, porque no dejó títore con cabeza), en el elegante establecimiento del aristocrático peluquero René Bidón.

El voraz elemento consumió en poco más de doce minutos una valiosa colección de bisoñés, añadidos, postizos y demás preciosidades capilares que se guardaban en riquísimas vitrinas.

Se sospecha que el siniestro ha sido

intencionado, pues la víspera mantuvo René Bidón una acalorada disputa con uno de sus dependientes, y éste le dijo que le iba a dar una bofetada y que le iba a arder el pelo.

Y aunque la torta no llegó a hacerse efectiva, el hecho de que se haya verificado la segunda parte de la amenaza, ha dado motivo para que el dependiente sea detenido.

El dueño de la peluquería está consternadísimo, y dice que su desgracia es mayor que otras que han dado lugar a proverbios y sentencias pesimistas. Y, en efecto; hay un refrán español que dice: "del lobo, un pelo", mientras que de la peluquería de Bidón ni ese pelo siquiera ha quedado.

CURIOSA INVESTIGACION HISTORICA.—Roma, 30.—Revolviendo ciertos papeles viejos en un archivo misterioso de las cercanías de Roma, han averiguado hace pocos días unos caballeros sabios y algo fanáticos, que el Papa León IV estuvo a punto de ser víctima de un cruel atentado. Un calabrés, tan renegado como bestia, había proyectado una máquina infernal para hacer pedazos al Papa, y hubiera realizado el plan si no se hubiese muerto antes, víctima de una pulmonía tan doble como providencial.

El caso resulta interesante porque es el único que se conoce en el mundo de que a un Papa se le haya querido hacer papilla.

Lo cual es rebajarle de categoría de un modo inaguantable.

Por la inserción de los telegramas,
ERNESTO POLO



—Oye, no me digas esas cosas en voz alta, porque la señora se lo dice luego a papá.

—¡Caramba! No sabía yo que tu "carabina" era de repetición.

Dib. PANITO.—Madrid.

DROCREMA

ALMENDRAS

EL JABÓN POPULAR
EMBELLECE LA PIEL



**LOS
PERFUMES
DE TASARA
BADALONA**



En plena cuaresma

No deja de ser curioso lo que con lo que se pesca sucede precisamente los Viernes de la Cuaresma.

Qué, ¿no os habéis enterado? Pues yo he caído en la cuenta de que hoy guardar la vigilia no es fácil en esta tierra.

Contra el "bacalao" me dicen que hubo el sábado protestas, pues con él se intoxicaron los de una familia entera.

¿Se trata de un mal cantante? Pues primero con acelga se conforma que con "gallos", que sus pifias le recuerdan.

Si es "langosta", puede verse lo que a veces la "Gaceta" dice sobre la campaña que acometen contra ella.

Las "quisquillas", ya se sabe, que el sensato las reprueba, y lo mismo al libre "pulpo" que al "atún", se los desprecia.

Respecto de las merluzas, ¿qué diré?... Que al que las pesca le va mal, generalmente, porque la "merluza" es péfida.

Y ¿qué pensar de las latas de "bonito", amigas feas? Pues que las "latas" son cosa que a todo el mundo molestan.

A las almas que son chicas; es decir, a las "almejas", ya sabéis en todas partes cuánto se las vitupera.

Y de los "besugos" que andan por teatros, academias y casinos, ¡no digamos lo que estorban y marean!...

Y si en tal guisa besugos, langosta, bonito, almejas, quisquillas, bacalao, gallos, merluza y atún se encuentran,

¿qué extraño es que, para hacernos "menú" en esta Cuaresma, las cocineras más blancas los viernes se vean negras?

Habrá, pues, aunque hoy la carne de vaca un sentido cuesta (porque han subido a las "chachas" la "falda"... ¡hasta la "cadera!...),

que no pensar que es pecado y agarrarse a las chuletas, y como las comeremos con "escama", ¡quizás pueda no aplicarnos sus rigores la divina Providencia, suponiendo que son peces, desde su guardilla inmensa!

J. PEREZ ZUÑIGA



EL SASTRE.—¡Siempre que vengo a cobrarle el traje me dice usted que mañana!
EL PINTOR.—¡Claro! Como que soy futurista.

Dib. GASTÓN MAS.—Paris.

Un retazo de la historia

Como buen ratón de biblioteca, y para matar otro "ratón" de hora y media, revolviendo la otra tarde unos documentos en el nuevo y confortable archivo de Nocojas—que fundara Boabdil el "Chico" un Viernes Santo, para hacer la competencia al de

Simancas—encontró el cronista uno, más curioso que la portera del 15 de la calle de Ministriles, la cual va con los cuentos de calleja... en calleja, sin importarle un bledo el qué dirán, ni la cuestión agraria en la República de San Marino.

Tal interés encierra, que nos apresuramos a dar cuenta a los lectores de BUEN HUMOR del manuscrito de referencia antes que cualquier otro "manús" nos pise la noticia, que sería como para pisarle a él la cabeza.

El pergamino, viejo como una chaqueta de Weyler y con más lañas que el puente de La Elipa, versa sobre la historia de Navarra, y derrama más luz acerca de la muerte de la infortunada princesa doña Blanca que la farola de la plaza del Callao en el Portillo de Embajadores.

Como todos sabemos—y el que lo ignore que se "chinche"—, Don Juan II de Aragón padecía, además de una fuerte dispepsia, de una segunda señora, Doña Juana Enríquez, a cuyo lado los tormentos de la Inquisición resuñaban más frívolos que una revista de Romea. Siguiendo la costumbre de que no suelen resultar las relaciones entre esos parentescos un modelo de afecto filial, la nueva dueña de la viscera cardíaca de Don Juan no podía ver a los hijos de éste ni en el cine sonoro, y esa cordialidad, unida a que el tal Don Juan era de "abrigo", fué origen de una serie de luchas e intrigas, en las que el hijo de su señor "papá", el príncipe de Viana, sufrió serias vicisitudes, pero que no pasaron de un ligero pasatiempo, si se comparan con las desdichas que hubo de aguantar la hija.

Deseando primeramente deshacerse de ella por las buenas, su padre, en un rasgo de desprendimiento, la casó con Don Enrique IV de Borgoña; pero el esposo dijo que el tal Borgoña la iba a hacer daño, y que se conformara con un "chico" de tinto con "seltz"; o lo que es lo mismo, la repudió, enviándosela a su padre en gran velocidad, con billete de perro. Más tarde, sintiendo la princesa en su casto pecho las inquietudes rítmicas del amor hacia el entonces conde de Fox—una especie de Romanones sin cojera—, cuando ya creía su boda cosa hecha, se lo arrebató bonitamente su hermana Doña Leonor, faena que la hizo poner el grito en la bóveda celeste, por la precocidad que representaba en aquellos tiempos el que la Leonor se atreviera a "bailar" un Fox a toda una princesa de Navarra.

Las luchas intestinas, cada vez más cruentas—algo así como una final de campeonato de "foot-ball"—, a la par que minaban la unidad del país, labraban con tractor la desgracia de la



—Tiene usted un pie encantador.

—¡Ah! Pues el otro es igual.

Dib. Pico.—Madrid.

hija del Rey. Y tanto se vió perseguida y vejada por sus propios familiares, que, no contentos con arrinconarla en el reino, igual que a una tinaja en la despensa, tomando sus corazones por la posada del Peine, dieron albergue en ellos a la idea de matarla, para de esa manera quedar libres de aquella carga y libres de quinatas.

Empezaron a hacerle la vida más imposible que encontrar desalquilado un cuarto de doce duros. En nada atendían sus ruegos ni peticiones, pues hasta una tarde que se le ocurrió pedir, para entretener el obligado ocio, un libro de horas, le dieron una guía de ferrocarriles.

Y no contentos con esto, por fin prendieron a Doña Blanca, prendieron fuego a la casa en que se refugió, y si no prendieron más cosas ni más casas fué porque se les terminaron los alfileres y todavía no daban ciento veinte por una "perra chica", pero no por falta de ganas, pues iban dispuestos a acabar de una vez, y ya es sabido que no hay cosa como "hincar el pico" para "cavar"... (1).

Así, acompañada solamente de un anciano servidor—que la vió nacer y empezar la Gran Vía—recorrió su calvario hasta el castillo de Fox, donde su hermana Doña Leonor, en su papel de espada de turno, con los ingredientes que hoy se emplean en hacer los "cock-tails", la envenenó miserablemente, sin hacer caso de súplicas ni tener necesidad de aplicarle la "puntilla", por lo que sus vasallos la obligaron a dar la vuelta al anillo, que llevaba en su índice derecho, en señal de duelo.

Y cuentan las crónicas—nosotros siempre ciniéndonos al documento encontrado—que cuando se enteró su hermano Don Carlos, de quien siempre fué acérrima partidaria, de tan tristísimo fin, exclamó, hartamente condoído:

—¡Oh, Dios mío, cuán desgraciado soy! ¿Cómo pudiste consentir tal muerte, que es mi ruina?

Y al observar que uno de los caballeros nobles que le escuchaba mostrara extrañeza ante tales palabras, interrumpió el señor de Cinco Villas:

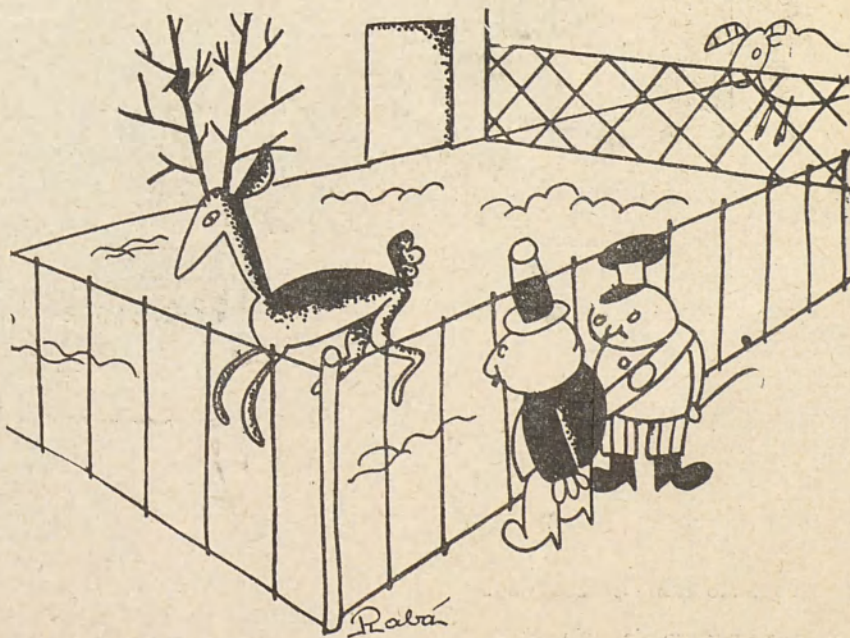
—¡Pardiez, conde! No os sorprenda oírle decir que tal muerte es su ruina. ¿Olvidáis, por ventura, que se ha quedado sin "Blanca"...?

ALFREDO FISCHER



—¿Cómo es que no tiene sello tu encendedor?
—Porque no pienso echarlo al correo.

Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ.—Madrid.



—¿Qué le pasa a ese pobre ciervo, que está como loco?
—¡Ah, señor! Es que cada vez que ve al jardinero se cree que lo van a podar.

Dib. RABÁ.—Madrid.

EL DESENCANTADOR DE SERPIENTES

Esta historia me la contó Nicasio González desde el lecho número 32 de la sala segunda del hospital de Bombay, en la que, a la sazón, me hallaba colocado como enfermero de cuota.

—Por aquel entonces—comenzó diciéndome—habitaba un elegante "bengalaw", distante dieciséis millas de Calcuta, y en el que me había instalado para ponerme a salvo de mis

carabinas para defenderme de las fieras, y la escafandra para evitar la posibilidad de las mordeduras de las serpientes, ya que, cuando hubo de acontecer esta historia, el municipio de Calcuta no había dictado aun aquella elegante disposición por la que se prohibía a las serpientes venenosas circular por la "jungla" sino provistas de bozal.



—¡Ahora mismo me va usted a enseñar los documentos de identidad!
—¡Calle usted, hombre! ¿No ve que viajo de incógnito?

Dib. URDA.—Barcelona.

acreedores. Usted seguramente no conoce muy bien la India inglesa y tal vez por ello ignora la cantidad de sangre fría que hay que atesorar dentro del cuerpo para atreverse a vivir en medio de la "jungla", lejos de todo centro civilizado y en contacto continuo con los animales más peligrosos.

Salía muy poco de casa. Sólo de tarde en tarde me aventuraba a dar un paseito por la selva, vestido de una manera extraña: con escafandra y dos carabinas al brazo. Las

Me aburría bastante, y para matar el tedio compré en una aldea cercana un aparato de "radio", con el que podían oírse las estaciones de las cinco partes del mundo. Hice bien, porque, en medio de la soledad de aquella selva hostil e impenetrable, el arrullo de una canción, la voz de los "speakers" o el anuncio de los impermeables con la capucha de piqué me emocionaba y me fortalecía.

Pasó el invierno, larga estación de lluvias constantes que me obligó a no salir de casa y tener las ventanas



ELLA.—¿Os dió buen resultado el baile a beneficio del Asilo de Jóvenes Idiotas?

EL.—¡Magnífico! Un pendentif, dos collares y seis brazaletes.

Dib. ALLOZA.—Zaragoza.

herméticamente cerradas. La escafandra yacía medio oxidada en un rincón y la carabina sólo la utilizaba para partir nueces.

Cuando llegó el buen tiempo, pude abrir mis ventanas para que penetrara el intenso perfume que exhalaba aquel vergel inmenso. Gustaba de escuchar así los sonos del altavoz que, agrandados por el silencio de la noche, debían oírse a mucha millas de distancia.

Hasta que una tarde—no recuerdo la hora—me quedé dormido al arrullo del altavoz, que dejaba escapar un precioso solo de flautín. Al despertarme me sorprendió un espec-

rar a aquellos bichos sin ninguna inquietud, puesto que, indefectiblemente, en cuanto terminaban los solos de violín, se marchaban por donde habían venido.

Y pasó el tiempo.

Una mañana, iba ya a levantarme del lecho, cuando observé que una serpiente, que mediría quince metros y pico, penetraba por la ventana del aposento decidida, por lo visto, a colocarse en la primera fila. Continué en la cama, sin conceder gran importancia a la cosa. E hice mal, porque el reptil se acercó a mí, comenzó a dar vueltas alrededor de mi cabeza, lanzando agudos silbidos y sin



—Chico, me da miedo casarme.
—¿Es que no tienes confianza en las mujeres?
—No; es que tengo un negocio de porcelanas.

Dib. Bosch.—Barcelona.

táculo extraordinario: por el suelo, por la cama, por encima de mi sombrero hongo y del flexible de la luz, docenas y docenas de serpientes hacían movimientos extraños, sugestionadas por los tañidos habilísimos que un músico desconocido arrancaba a su flauta ante un micrófono lejano. Felizmente, cuando el virtuoso terminó su concierto, los venenosos animales se retiraron "ipso-facto", sin pararse a escuchar los anuncios.

Respiré.

Pero, a partir de entonces, el suceso se repitió con tremenda frecuencia. Llegué a acostumbrarme y a mi-

importarle un pepino los armoniosos sonidos que se escapaban del altavoz, me sacudió treinta y seis mordiscos en la nuca. Después, se fué.

Al recobrar el conocimiento, me hallé en este hospital. Había salvado la vida de milagro; pero una duda cruel me destrozó el pecho y parte del tobillo izquierdo. ¿Qué motivo sería el que impulsó a aquel reptil a faltar de manera tan grave a las leyes de la hospitalidad?

—No sé—le respondí a Nicasio—. Pero bien pudo ser un acto de protesta, porque hay flautines... que desafinan mucho. MANUEL LAZARO

PASATIEMPOS

Por qué no obtendré el título de pescador de caña

—Yo, lectores—en buena hora lo diga—no soy pescador de caña. No lo he sido nunca.

Y ahora, desde que involuntariamente he logrado pescar un pez, me he cerciorado más aún de que no podré nunca llamármelo.

¿Que por eso no tengo razón alguna para decir que no lo soy?

¡Ca, lectores! Por eso es por lo que la tengo. Porque el pescador de caña que pesca, como yo, no puede en modo alguno ostentar tan honroso y ufante título. El buen pescador de caña, el auténtico, el inconfundible pescador de caña es...—bien lo sabéis—aquel que no ha pescado nada en su vida.

Conque ahí tenéis, lectores, el por qué soy yo un pescador fracasado.

Y el porqué no puedo, por el hecho de haber pescado un pez, vanagloriarme de poseer título tan codiciado.

Yo soy un pescador de caña... de los que pescan.

Soy, pues, un pescador fracasado. Es decir, que no soy un pescador.

Voy a referiros el vulgar episodio de mi fructífera pesca.

Riberas del Manzanares. Primavera mediodía. Tomen ustedes nota. Resol. Tomen ustedes dos notas. El río camina como un reptil húmedo, como un enorme reptil, y refleja en sus diáfanos transparencias el verdor de los carrizos, sobre los cuales revolotean libélulas y diablillos. Bajo los mimbrales, lavanderas arremangadas restregan los trapos y cantan coplas primitivas.

Yo he tomado la caña de pescar que me ha cedido un contertulio del Centro Asturiano. He lanzado el anzuelo y he rogado a los hados que no picara ningún pez. Distraerme, bueno; mas no quiero cargos de conciencia. ¡Pero, sí, sí!

A poco, el flotante corcho cabecea.

¡Recanario-flautal! ¡Quiera Neptuno que sea la corriente! O que sea lo que sea, pero que no sea un pez—exclamé conmovido—. ¡Ah, sí, es la corriente—respiré tranquilizándome—. Porque, vamos a ver, ¿qué iba a hacer yo, lego en la materia, si se me enganchase un barbo? Por otra parte—añadí, sintiéndome franciscano—(sí, lectores; además de lego, franciscano), un barbo es un ser, una criatura del Señor, y... ¡en fin, que no quiero cargos de conciencia!

Súbito, siento que tiran de mi caña como si en el anzuelo su hubiese enganchado la mismísima ballena del buen Jonás. ¿Qué era aquello? Sin duda era un pez, un pez provocador, un pez burlón, que deseaba, maléfico, enviado por las sirenas, tentarme, lectores, para hacerme pecar... y pescar a la vez. Pensé en "Don Alvaro"...

—¡Nada!—rugí. (Bueno, esto de nada no lo decía por el pez.)—¡Que voy a tener que sacarte de tu elemento, o soltar la caña y escapar! ¡Pero, no, porque tu vida no es mía—¡voto a Neptuno!—, pero tampoco es mía la caña.

—¿Qué hacer? Primero, vuelvo a pensar en el pez y dudo. Luego pienso en las malas pulgas del dueño de la caña y ya no dudo. Doy un tirón que, si no se siente en el Ministerio, "como aquel que dió el presidio", sí se siente en la Dirección General de Pesca.

En el acto, pegado al anzuelo, hecho una rosca de irisaciones áureas, como una llama que de las aguas surgiese, apareció un barbo gigantesco.

Arrepentido de mi hazaña lavé al pez la herida, le desenganché como pude el anzuelo, y en un cubo de agua del río que se aprestaron a traerme las lavanderas recobré al barbo el aliento.

Momentos más tarde, entre la protesta general de los curiosos que se arremolinaron, porque ninguno compartía mi franciscano criterio, el enorme barbo fué "fletado" al agua; como si dijéramos, "devuelto a su procedencia". Todos, compungidos, le vieron alejarse río adentro. El pez dilató sus agallas y respiró.

Y yo también.

Ahí queda explicado, y aclarado en la misma orilla del río, que es donde mejor se "aclara", porqué nunca podré ya aspirar al glorioso y ufante título de pescador de caña.

Pero, en fin, algo "se pesca".



—¡Mozo!! Esto es insoportable. He encontrado una ficha en la sopa.
—Caramba. Pues haga el favor de mirar bien, que ayer se me perdió una bota.

Dib. TROFF.—Albacete.

MIGUEL DE CASTRO



—Flores, pájaros, aire embalsamado... No sé por qué; pero hoy me siento bucólico.
—¿Bucólico? Ya te decía yo ayer que no comieras tantas ciruelas.

Dib. CASTANY.—Barcelona.

LA HORQUILLA

Una noticia que ha llegado a mis pabellones auditivos me ha afectado enormemente, más que la posesión de sabañones en el pelo, hasta el punto de que el sueño reparador que siempre he gozado, hase reducido a un insomnio escandaloso.

Realmente no es para menos.

Me han comunicado desde Cuenca que los más importantes centros fabriles de Noruega, dedicados a la confección de horquillas, han tenido que

bajar los cierres metálicos, en vista de que la venta exigua que se venía realizando del mencionado artículo desde los últimos años, ha quedado reducida en el actual a la de dos paquetes de 0,10 pesetas por semana. Y teniendo en cuenta el margen fabuloso que estos centros industriales conceden a los revendedores, las utilidades, como fácilmente se comprende, quedan más reducidas que las faldas de una niña bien.

La causa de este desastre hay que buscarla en la depilación aviesa de la cabellera femenina. Basta observar un "cráneo mondo", para comprender cuán difícil—aunque no imposible—sería la colocación de una horquilla en la melena garçoniana.

Digo que no sería imposible, porque si la suprema elegancia consistiese en llevar media docena de capilares sujetos por horquillas, las puntas de éstas penetrarían violentamente en el cuero cabelludo, para asegurarse así la sujeción; que de todo es capaz la mujer, con tal de sacrificarse a esa señora tan estúpida llamada Doña Moda, causante de más de cuatro discordias conyugales.

Nunca podría pensarse que un chismecito que se ha mantenido próspero durante tantísimos siglos se derrumbase ahora con el estrépito de una camioneta. Y es que la humanidad es cruel, como las botas de ternera, y destruye por capricho, con fútiles motivos, de un solo soplo, las obras que costaron años, y años bisiestos, a varias generaciones.

La horquilla es antiquísima. Si nos remontamos, con De Pinedo, a los tiempos arcaicos, a los tiempos aquellos en que Caín perdió la estilográfica, podemos observar el esplendor de la horquilla ya por entonces.

Desde esta época hasta nuestros días ha desempeñado una serie ininterrumpida de servicios. Se ha utilizado como abrochador, para abrir los sobres de las cartas, para limpiar los oídos, para componer las averías de los coches Ford y tantísimas otras aplicaciones, cuya sola enumeración ocuparía un espacio del que no dispongo. Pero el objeto precípua de la horquilla, desde los tiempos prehistóricos hasta hace algunos—pocos—años, lo constituía la sujeción del edificio peluqueril, vulgarmente llamado moño o "ensaimada". Con la supresión de ésta, ha desaparecido la horquilla.

Yo la adoro—adoro a la horquilla, no a la ensaimada—; la quiero con ese cariño que ponemos siempre en las personas y cosas que nos son útiles: la esposa, las zapatillas de fieltro, etcétera, etc. Por eso la noticia anterior ha puesto en mi alma una pincelada gris...

La idea de prescindir de sus servicios me aterra, pero no por eso me dejo llevar de la desesperación. Creo que la horquilla siempre existirá. Soy optimista y confío..., confío en que, si no la llevan ya más las mujeres, pronto la usaremos los hombres.



—¿Que quiere usted la mano de mi hija? Pues ha perdido usted el tiempo, pollito.

—No lo crea usted, caballero; he venido, de paso, a traer una carta al piso de arriba.

Dib. CUESTA.—París.

FAUSTO DE LA POZA SAENZ

Murmuraciones porteriles

Un escritor ilustre y algo enfático, y un humorista no tan egregio pero bastante probo, iban paseando la otra tarde por la calle de Almagro, en la que tiene su domicilio el primero, o sea el ilustre, o sea el no humorista.

Y éste, señalando a la fachada de su casa, dijo con el énfasis ignominioso que acostumbra a usar:

—Dentro de algún tiempo, cuando yo ya no viva ahí, pondrán en esta casa una lápida conmemorativa, que dirá: "Aquí vivió don Fulano de Tal, célebre escritor español".

—En mi casa también—repuso el otro—pondrán una inscripción cuando yo salga de ella para siempre.

—¡Cómo! ¿Qué inscripción?—interrogó el ilustre, fastidiado en su amor propio.

—"Se alquila un piso cuarto".

A otro escritor, exquisito y ultraista y escandalosamente melencólico, le regalaron recientemente un décimo de la lotería, y el hombre tuvo la fortuna de que le tocase el gordo.

Inmediatamente, con la maravillosa aptitud financiera en él característica, tomó tres mil duros a cuenta, y, decidido a comenzar sin perder tiempo la vida de grandezas que corresponde a un hombre de su estirpe literaria, se dirigió al suculento paseo de la Castellana a alquilar casa.

Poco después estaba ante un altivo portero de una finca magnífica, situada junto a la silenciosa estatua del en otro tiempo nada silencioso Castelar.

—¿Cuál es el precio de ese principal que se alquila?

—Novcientas pesetas mensuales.

—¿Se puede ver?

—Sí, señor.

Y el exquisito y peludo plumífero, acompañado del cejijunto y ceremonioso portero, visitó con todo detenimiento el piso en cuestión. Finalmente, después de cuarenta minutos de inspección minuciosa y encarnizada, dijo el genial ensayista:

—Me gusta mucho el piso. Pero todavía, sin embargo, necesito un detalle... ¿Hay chinches?...

—¡Chinches!—repuso indignado el portero—. ¿Chinches en un piso de novcientas pesetas? ¡Oh, no, señor; no hay chinches!

—En ese caso—replicó el grandioso escritor, marchándose—no puedo alquilarlo. En la casa donde yo vivo ahora las hay a espaldas, y, como usted comprenderá, estoy acostumbrado

a ellas y me es imposible prescindir de su compañía.

Un periódico de Barcelona publicó hace pocos días un artículo titulado "La elegancia".

Y decía el susodicho periódico, con pasmosa y levantina tranquilidad:

"Una mancha en el traje de un hombre puede, a veces, tener la misma gracia que un lunar en el rostro femenino."

Nos figuramos a Weyler cantando:

"Tengo dos lunares..."

Y repitiendo el cuplé mil cuatrocientas veces, para dar una idea del guardarropa.

Siguen los mejicanos dándose "cates" entre sí y armando sus correspondientes trapatiestas con motivo de su dulce estado de revolución continua.

Por cierto que en Méjico son generales todos los ciudadanos, como en Checoeslovaquia son doctores, y como en Italia son príncipes.

No hay más que leer las noticias políticas, y cada día se encuentra uno con tres o cuatro generales nuevos. ¡Y todos ellos, entre sí, se tienen un cariño loco! ¡Como para hacerse un favor!

Generales a montones
viven en aquel edén
de fieras desolaciones...
¡Como que las disensiones
son "generales" también!

X. X. X.



—Señorita: después de este baile, ¿podría usted concederme otro?

—Sí; el diecinueve.

—¡Qué lástima! Ya no estaré yo aquí.

—Ni yo.

Dib. DEL Rfo.—Barcelona.



El «cine» sonoro y malsonante

No hemos hablado hasta ahora del cine sonoro... ¡Qué olvido imperdonable! No haber hablado aún de algo tan sensacional... Es el descubrimiento nunca visto, y no podemos decir —¡qué lástima!— nunca oído. Oírlo, lo hemos oído; y eso es lo que produce nuestro asombro.

Al convertirse en sonoro el arte mudo le ha pasado lo que, por lo general, le ocurre a todos los mudos: que

cuando rompen a hablar sueltan una serie de ruidos extrañísimos, a cual más desentonado y en destemple.

El arte sin ton ni son está mal, es indudable; pero si el son ha de ser tan sin ton, preferimos la elocuencia del silencio.

Y lo peor es que nosotros éramos fervorosos defensores del arte mudo con habla. A nosotros nos llenó de satisfacción la primera experiencia del

llamado "Fono-film", que apareció en Madrid hará tres años, y que apareció—¡miren qué cosas!—en el cine del Callao. ¡Hablar el arte mudo, y en el Callao! ¡Miren que es empeño también de ir a la contra!... Pues las muestras de "Fono-film" que oímos y escuchamos por entonces eran de lo más prometedor y de lo más convincente. El ladrido del perro era un ladrido; la voz humana era voz, y el cacareo de las aves de corral, propio y justo cacareo. Ahora, en cambio, señores, o porque el sistema sea otro, si lo es, o por lo que quiera que sea, la voz parece un gluglu metido en una tinaja; el ladrido, un martillazo en una armazón metálica, y el cacareo, un tren de mercancías pasando por encima de la plataforma de hierro que usan en las estaciones ferroviarias para el quita y pon de vagones.

Lo más grave del caso es que el cine sonoro reduce, hasta el presente, sus gracias a la expectoración de parlamentos y a la descarga de piezas musicales.

De los parlamentos, nosotros casi no protestamos. Suelen ser en inglés, y no los entendemos. Así que, ¡tan contentos! ¡Allá ellos!... Ya pueden estar diciendo horas y horas todas las bobadas que quieran; nosotros, tan tranquilos, dando brincos de alegría en el asiento y diciendo: "¡Aquí no llega! ¡Aquí no llega!..." Es una experiencia deliciosa... Ellos, habla que te habla, y nosotros, ¡invulnerables!

Se observan, además, detalles de gran importancia. Escuchar a un orador sin saber lo que dice, es muy bonito. Cuando el discurso se entiende, una de dos: o en seguida nos percatamos que allí puede haber de todo, pero de discurso, ni gota; o tiene el orador tal elocuencia que nos arrebatamos con las frases, y nos da gato por liebre. Pero hablando en un idioma que no entendemos, ¡al pelo!: nos fijamos en el tipo y conocemos a la gente, de este modo, por la cara y por el son, como a los duros. El otro día oímos a MacDonald y a tres señores más. Pero, no; "señores", no; uno era un hombre: MacDonald; y los otros—ig-



—La moneda que me enseñaste ayer era preciosa. ¿Te costó mucho?
—Al contrario. La compré "tirada" y no me "salió cara".

Dib. LÓPEZ REY.—Valencia.

noramos sus nombres—, unos señores. Y “no había más que verlos”: MacDonald se movía y accionaba, como si estuviera en el jardín, con unos cuantos amigos; los otros, en cambio, parecían unos muñecos, y era éste uno de los casos en que las apariencias no engañan. Eso acaso no lo hubiésemos notado si hubiéramos entendido los párrafos brillantes en que afirmaran rotundos que el bienestar de los pueblos había de asentarse en la paz, y que ellos estaban dispuestos, como su labor demostraba, a “la compenetración fraterna de los pueblos, basada en una sólida garantía de emulación y de financiada inteligencia arancelaria, al par que ecuaníme influjo de los intereses hermanos en la ininterrumpida tradición de los ideales históricos, en relación con la aureola del progreso”.

Ofrece, pues, ventajas el cine sonoro, en lo que se refiere a los parlamentos de los parlamentarios.

También las ofrece, también, en lo que respecta a las cintas de dibujos. El irónico empleo de la música aplicada a los dibujos es algo digno de verse y de oírse. La aplicación del buen humor da siempre, en todos los casos, resultados excelentes.

Y otros días vendrán en que el cine sonoro tenga oído, como ahora tiene vista. Pero lo que se dice hoy por hoy, ¿qué empleo hace el sonoro de su sonoridad? Pues un empleo indecente; uno de esos empleos de oficina particular, molesto y engorro-sísimo. El cine sonoro se dedica, hoy por hoy, a que una música suene mientras que la cinta rueda. Y como la música suena todo lo peor que puede, resulta que ese rodar no parece el de una cinta, sino el de unos armo-nes de artillería pesada, y el de unos camiones con “sommiers”; y el de unos carretones con flejes de hierro; y el de unos claxons metidos dentro de tina-iones de bodega, y el de una por-ción de estruendos, entre carro de mudanzas cargado con bañeras y pe-roles, hasta un orfeón de ventrílocuos haciendo a coro el “coco” para es-pantar a los niños. La gente, además, se mueve en la pantalla muy en alto, y la música suena muy hondo, como si subiera de la cueva... Es decir, que, en resumen: aquellas mismas piezas musicales que antes, en el cine mudo, escuchábamos tocadas por derecho, con músicos de verdad y buenos de verdad, o por un órgano excelente, se han convertido ahora en piezas de ca-ñón que nos bombardean los oídos...

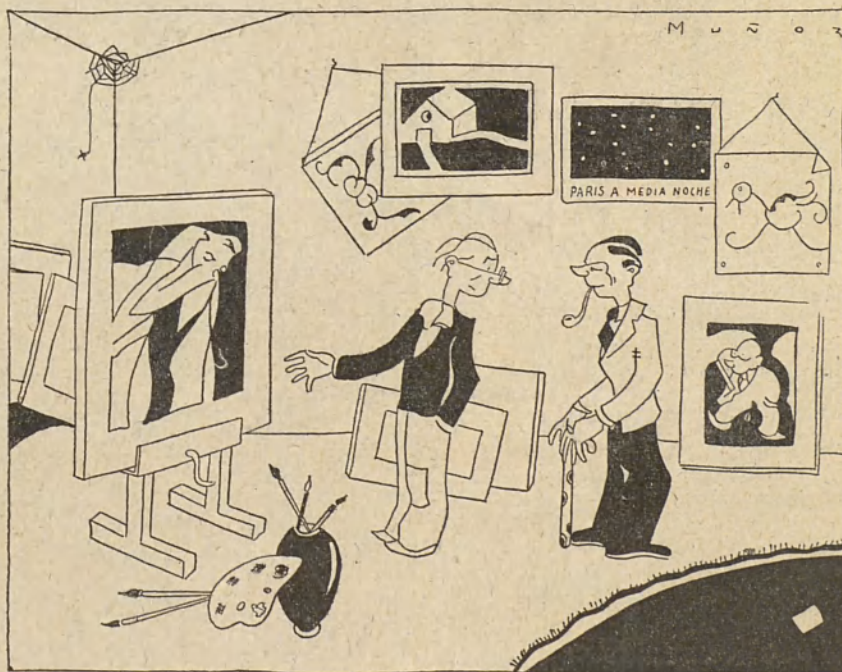
¿Qué diferencia, por tanto, entre el cine silencioso y el ruidoso? Una sola diferencia que sepamos: dos o tres pesetas más en el precio de las entradas.

MANUEL ABRIL



—Si; ahora toco el violín. Antes me dedicaba a ser el más viejo del pueblo; pero lo tuve que dejar porque me ocupaba mucho tiempo.

Dib. FÉLIX.—Madrid.



—Está muy parecida; pero la encuentro muy pálida.

—Si; le falta el color de las mejillas; pero luego se lo pondrá ella, que lo hará mucho mejor que yo.

Dib. Muñoz.—Madrid.

Chistes de todo el mundo

... Entonces, me arrojé sobre el tigre y le corté la cola.

—¿Y por qué no la cabeza?

—Porque ya se la habían cortado.

(De *La Prensa*.)

—¿Por qué el director ha despedido al nuevo repórter?

—Porque le encargó que le trajera una lista de los hombres de nota de la ciudad y vino con una lista de los músicos.

(De *Scarboró Post*.)

—No sé lo que hacer con la puer-



ta de la calle. Suena horriblemente, al abrir y cerrar.

—Yo conozco un remedio.

—¿Cuál?

—Toma una doncella que tenga novio.

(De *Dorfbarbier*, Berlín.)

—¿Qué le ha ocurrido a aquella mecanógrafa tan bonita que tenías?

—La he despedido, porque mi mujer tenía celos de ella.

—Verdaderamente, que la que tienes ahora es un espantajo.

—Es mi mujer.

(De *Hummel*, Hamburgo.)



Una aventura en el Far West, o un caballo indomable.

(De *Il Travaso delle Idce.*)

—Me espera mi marido a las cinco, ¿qué hora es?

—Las seis.

—¡Ah!, entonces puedo esperar todavía media hora.

(De *Lustige Kiste*, Leipzig.)

El maestro.—Todos vosotros conocéis el proverbio "No es oro todo lo que brilla". Pongan un ejemplo.

Un discípulo.—Su americana, señor profesor.

(De *Lustige Kolner Zeitung*, Colonia.)

—¿Lo pasó usted bien en el teatro ayer, señora Meyer?

—Sí; había muchas "toilettes" maravillosas.

(De *Nagels Lustige Walt*, Berlín.)

—¿Ha caído mucha nieve en su finca este año?

—Mucha; pero en la de mi vecino ha caído más.

—¿Y cómo puede ser eso?

—Porque su finca es mayor.

(De *Der Brummer*, Berlín.)

—Temo que hayas hecho mal en admitir a esta doncella. Según sus propias palabras, ha estado en diez casas diferentes en el espacio de un año.

—Precisamente por eso la he tomado. ¡Calcula tú las historias que me contará de esas diez familias!

(De *Richmond Herald*.)

—Ayer atropellé a mi suegra con el automóvil.

—¿Es que no pudiste frenar?

—Sí; pero no pude parar el coche todo lo rápidamente que fué preciso.

(De *Pages Garies*, Iverdon.)

—No he podido dormir en toda la noche pensando en la cuenta que tengo que pagar mañana.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—¿Me prestarías tú el dinero que necesito?

—No; pero te daría un remedio para el insomnio.

(De *Dorfbarbier*, Berlín.)

—Sí; Madrid es una ciudad preciosa... Magníficos teatros, hermosas tiendas...

—¿Has estado allí?

—No; pero mi abuelo pensó ir.

(De *Faun*, Viena.)

DEL BUEN HUMOR AJENO

CUENTOS JUDIOS

Un viernes por la noche, un judío viejo y pobre es invitado a cenar con una familia rica. Después de la comida, sirven el té, que es excelente. El viejo se ha bebido su primer vaso y quisiera que le sirvieran otro. Pero no sabe cómo pedirlo. Y dice:
—¿Qué bueno estaba el primer vaso de té!

El banquero Levy ve entrar en su despacho a su amigo Kahn, que lleva en la mano un maletín.

—Buenos días, Kahn. ¿Cómo estás?

—B'én. Muchas gracias. ¿Y tú?

—Bastante bien. Gracias.

—Tengo que pedirte un pequeño favor, Levy. Salgo para Kowo dentro de un instante, y con tal motivo te ruego que me guardes estos setenta mil francos que traigo en este maletín.

—Nada más fácil, hombre.

—Gracias.

—Espera... Aquí tienes un recibo del depósito.

—No. Tengo confianza en ti. Además, un recibo puede extraviarse.

—Pero Kahn, ¡mira que yo puedo morirme, y si te parece, voy a llamar a mi apoderado y a mi cajero, y contaremos los setenta mil francos en presencia suya!

El banquero manda llamar a sus dos empleados, cuentan el dinero, y ruega al cajero que guarde el maletín con los setenta mil francos. Y Kahn se marcha después de dar las gracias a su amigo por el favor.

Seis semanas más tarde se presenta en el Banco Kahn.

—Buenos días, Levy.

—Buenos, Kahn; ¿qué deseas?

—Si no tienes ningún inconveniente, te agradeceré que me devuelvas los setenta mil francos que te dejé en depósito.

—¿Tus setenta mil francos?

—Sí.

—¿Qué setenta mil francos?

—Los que te di a guardar antes de partir para Kowo.

—¿Que me has dado a guardar a mí setenta mil francos? No tengo el menor recuerdo de ello.

—Sí, hombre, sí. Acuérdate. Estaban presentes tu apoderado y tu cajero cuando te hice entrega del dinero.

—Bueno, pues ahora los llamaré.

—¿Ustedes han visto que el señor Kahn me entregase setenta mil francos hace seis semanas?

—Yo, no.

—Yo tampoco.

—Ya ves... Pueden retirarse, señores.

Kahn, furioso, sale dando portazos y gritando que va a dar parte a la comisaría. Pero apenas ha llegado a la escalera, cuando Levy le vuelve a llamar.

—Sube, Kahn, y toma tu dinero.

—¿Qué bromas tienes, Levy?

—No hay tal broma, querido.

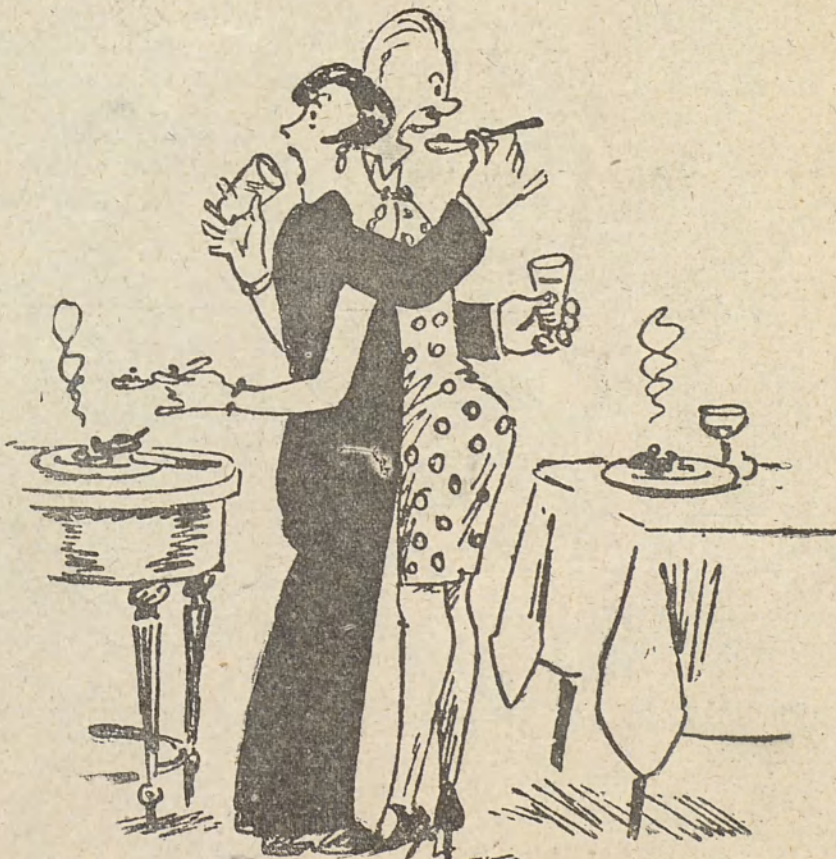
—¿Y esos dos testigos falsos?

—No te enfades, hombre, no te enfades. Es que quería probar si podía contar con la honradez de mis empleados.

Jerónimo Mayer va a ver a su amigo Oscar Weil, y lo encuentra sentado a la mesa, con un dedo metido en un vaso de agua.

—¿Qué haces?

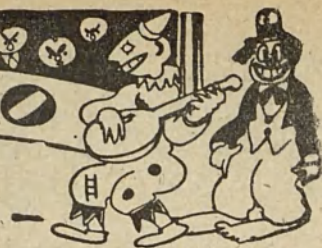
—Te lo voy a decir, Jerónimo. Ayer fuí a ver al médico, y me dijo que debo tomar baños. Y, ya ves, me estoy acostumbrando.



Forma de tomar el desayuno los recién casados...

(De *Sondagnsnisse Strx.*)

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre, indíquese: "Para el Concurso de chistes".

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

—¿Cuál es el colmo de BUEN HUMOR? (Redacción: Plaza del Angel, 5.)

—Estar en la plaza y tener sombra en el cinco.

José Ardanuy.

En el Museo:

—Este cuadro le agrada seguramente. Es un cuadro magnífico. Representa un paisaje de Flandes.

—Pues no me gusta.

—Es extraño que siendo usted andaluz no le guste el cuadro flamenco.

El carbonero (Madrid).

En la Audiencia:

El presidente del Tribunal. —¿Qué edad tiene usted, señora?

La testigo vacila.

El presidente. —Tenga usted prisa en decirlo, pues cuanto más tarde lo diga, más edad tendrá.

Licenciado San Román.

CAJA DE LAS PANTALLAS

Las de gusto más exquisito. Modelos desde 2,50 pesetas.

ROMERO — Fuencarral, 68

—¿Cuál es el santo que cura más dolencias?

—El San... atorio.

M. D. (Barcelona).

En un juicio de faltas:

El juez impone una multa a un caballero por haber llamado bestia a una señora.

—¿De modo que no se pue-

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

—¿De manera que es usted corto de vista?

—Sí, señor; no veo casi nada.

El médico del regimiento coge una bandeja y se la pone junto a los ojos al soldado.

—¿Qué tengo en la mano?

—Una peseta.

Rodalito.

TAPAS para encuadernar colecciones semestrales de

BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 pesetas una.

Se remiten certificadas si al enviar el importe acompañan 0,30 pts.



—¿Cómo es, señorita, que habiendo concedido ya a Jaime permiso para casarse esta tarde, me lo pide usted también?

—Porque yo soy la novia.

(De The Passing Show.)

de llamar bestia a una señora?

—De ningún modo.

—¿Y me multarán por llamar señora a una bestia?

—No, señor; de ningún modo.

—Pues entonces, señora, a los pies de usted—dice a la demandante, y se va muy tranquilo.

Vicente Torres Julián (Madrid).

—¿En qué estará pensando una profesora de gramática que se case con un jorobado?

—En un futuro imperfecto.

Isabel de Castro (Bilbao).

En la Audiencia.

—¿Por qué asesinó a su mujer?

—Por su carácter; la vida juntos era imposible.

—Haber pedido la separación...

—Imposible; al casarnos le juré que sólo la muerte nos separaría, y yo soy esclavo de mi palabra.

Angel del Castillo.

SIEMPRE PRESA

Sostenes — Fajas — Corsés

Fuencarral, 72.—Tel. 51135

En el café.

—Oiga, camarero. ¿Me hace el favor de decir qué tranvía va a Diego de León?

—Pues, mire usted, el 28, que pasa por toda la calle, y el 32, que muere en Diego de León, lo mismo que el 51, que también muere allí.

—Oiga; pero Diego de León, ¿es una calle o un hospital?

Jerónimo Ruiz.

Noticia imoportante:
 "El conocido fabricante de cacerolas hidráulicas y profesor de campana de estación ha salido para sus posesiones de Pozuelo en un volquete, con el fin de hacerse cargo de unas minas de serrín esmerilado que piensa explotar en combinación con la Lotería Nacional, y la llegada de los trenes con retraso para evitar que lleguen a su hora."

Luis Díaz.

Entre atletas:
 —¿Y todavía tienes que levantar pesos mayores?
 —Fíjate: como que me dijo mi suegro que no me presente ante él hasta que pueda sostener una casa.

Juan Marco (Zaragoza).

En la calle:
 Al mismo tiempo que la pellizcaba, preguntaba un "castigador" a una presumida madrileña:

—¿Eres la Venus de Milo? Ella, por toda contestación, le arreó un guantazo que le hizo exclamar todo dolorido:
 —No, no eres; según mis informes, esa señora es manca.

Antonio Romero (Sevilla).

—Mamá, ya que le has comprado a mi hermana un piano, cómprame a mí una moto.

—¿Para qué?
 —Para salir corriendo en cuanto empiece a tocar.

Rosa (Burgos).



—Perdón, caballero; pero he dejado caer un bote de mermelada en mi auto y, como usted ve, un enjambre de abejas ha tomado posesión de él. ¿Qué me aconseja usted que haga?

—Yo, en su lugar, no tomaría más mermelada...

(De The Humorist.)

Conato de chiste.
 En una tienda lujosa. Un caballero hace una compra y entrega para su pago un leve pápiro de cincuenta pesetas.
 El vendedor va a la regis-

tradora y entre la vuelta coloca un duro más sevillano que Belmonte.

Al entregársela al cliente le acompaña ceremoniosamente hasta la puerta, y con una sonrisa que reserva sólo para

LA HORRA

Presenta las últimas creaciones en sombreros para señoras y niñas.

FUENCARRÁL, 26, y MONIERA, 15, primeros

La mejor casa de España en su género



—Su marido asegura que él mandaba en su casa.
 —¿Y es verdad?
 —Sí; si están separados hace tiempo.

(De London Opinion.)

estos casos, le dice con el mayor afecto:

—Que lo pase usted bien.

S. O. M. (Barcelona).

Aritmética elemental.
 El alumno.—En la multiplicación, el producto se compone de dos factores; pero hay casos en que se compone de más de dos.

El profesor.—¡Bruto, que no puede ser eso!

El alumno.—Sí, señor; los productos farmacéuticos.

Valentín Yoldi (Zaragoza).

—¿Chico, qué tal tu Academia de mnemotécnica?

—Hombre, acuden muchas personas para fortalecer su memoria.

—Entonces, ganarás mucho.

—No gano nada, porque se les olvida el pagarme.

Tercós (Palencia).

Una provocación.
 —¿Pero cómo llevas el traje?

—Ya ves, hecho una lástima. No me he podido librar de ese hombre que me ha provocado.

—¿Te ha insultado malamente?

—¡Quita, hombre! Es que tiene una merluza de primera, y me ha echado encima todo cuanto se le ha venido a la boca.

Esteban Granullaque. (Toledo).

Un reo se hallaba en capilla, y el sacerdote que le auxiliaba le dijo:

—Hijo mío, si algo deseas, pídelo, pues es un deber sagrado en nosotros el complacer a los que se hallan en tan lamentable situación.

A lo que el reo contestó:

—Padre, ya que es usted tan bondadoso, yo quisiera aprender el latín.

Ale (Barcelona).

CUPON

correspondiente al núm. 435 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR

P. S. S. (Madrid).—Esto de ahora es un poco menos malo que las otras cosas anteriormente rechazadas, pero todavía no llega a la bondad casi bíblica que BUEN HUMOR exige para publicar los trabajos genuinamente espontáneos. Mejore usted la clase y verá cómo llegamos velozmente a un tiernísimo abrazo de alianza perdurable.

Pollo (Toledo).
¿Tienes algo en el meollo?
¡Porque no se nota, Pollo!

Berlanga (Córdoba).
Lo que nos manda Berlanga no diré que es una ganga.
¡No soy tan ancho de manga!

Donato (Madrid).
¡Pues anda, que el buen Donato también me ha dado el gran [rato]!

Para camisas a la medida
Madrid-Viena
M. PEÑA
Montera, 41.—Tel. 16662

Recaredo (Madrid).—¡A la distinguida y espaciosa cuadra!... ¡Pero que volando..., a ver si es verdad que los burros vuelan!

Plauto Soper.—El artículo tiene la misma gracia que el seudónimo. ¡Ni un céntimo más de sal!

T. B. Q. (Madrid).—Su exagerado "Elogio del viernes" no es, por desgracia, una cosa del otro jueves. Pasa a "Cestona", como es lógico e higiénico.

E. O. T. (Santander).—Una malísima noticia: "El tren rápido" ha llegado tarde, a pesar de la velocidad que usted le supone.

V. M. C. (Zaragoza).—No podemos complacerle publicando sus "Ironías". Se lo de-

cimos sin ironía ninguna, porque todas están en el cesto.

G. T. A. (Madrid).—Lo de usted merece, como sanción no muy cruel, o catorce años o dos minutos, a elegir. Catorce años de presidio o dos minutos de garrote vil.

También nos conformaríamos con hora y media de bastón caballeroso, con tal de que fuera diestramente manejado y aplicado con constancia, tesón, eficacia y velocidad.

¡Vaya usted con Dios, que de buena se ha librado por no poner en la carta las señas de su casa! ¡Por supuesto, ya sabía usted lo que hacía!

B. C. S. (Cartagena).—De la aterradora colección de ingeniosidades que nos remite, no hemos podido aprovechar ni esto... ¡Ni esto, ni lo otro, ni lo otro, porque son tres, co-

mo las acreditadas hijas de Elena! ¡Y, como ellas, ninguna de aceptable calidad!

C. R. D. (Málaga).—Su leve comentario "La figura del momento", en este momento ya no tiene actualidad. Y lo que es peor que no tiene gracia, ni en este momento ni en ninguno.

Altavoz (Burgos).— Afine usted todo lo concienzudamente que pueda en su labor, y, cuando haga usted un centenar de cosas, pudiera ser que diese la casualidad de que nos sirviera alguna. Esto ha pasado ya muchas veces con señores que al principio han tenido que soportar todo el peso de nuestro infame pitorreo, y que ahora gozan en esta casa de un predicamento que, validos de él, abusan de nos-

otros como robustas fieras de desierto.

D. J. A. (Madrid).
Hemos dicho ya mil veces que no se admiten sandeces.

Hipólito Rodríguez de Campolindo (Alcalá de Henares).
No sirve para nada.

Buendía (Murcia).
Job aguantar no podría lo que nos manda Buendía.

¡De manera que nosotros, que tenemos bastante menos correa que Job, calculen ustedes lo que habremos hecho! ¡"Cestonizarle" implacablemente, inapelablemente, radicalmente, brutalmente e "ipso facto", en una palabra; en una palabra que son dos, pero que todavía son pocas para las que se merece el amigo!...

O. S. S. (Barcelona).— ¿De manera que, en lugar de entristecerse trágicamente por el desprecio de Manolita, verificó usted la siguiente hazaña:

"... apuré una copa, llamé al camarero, me sirvió otras cuatro, las bebí sediento, ¡pedí otra, luego otra, y otra, y otra luego, y después otras muchas, y seguí bebiendo...?"

¡Es usted un inundo borracho, un deleznable curda, un repugnante vicioso, con el que no queremos tratos de ninguna clase!... ¡Vaya usted a paseo, suponiendo que pueda usted tenerse en pie con esa melopea tan escandalosa de que hace alarde!...

V. R. L. (Zaragoza).— Mi querido amigo: BUEN HUMOR no es un abanico, y con esto queremos decir que no es el lugar procedente para desahogarse dedicando líricos alardes a una señorita, por muy aragonesa que sea. ¡Esos extremos frenéticos están bien la mano y en el más "petit de usted para ella, cogiditos de comité" que ustedes puedan! ¿No le parece? ¡¡Pues que le parezca, porque no hay otro remedio!...



El chico.—¡¡Quién fuera perrito!!
(De Everybody's Weekly.)



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



—Qué hija tiene usted; esto es un ángel, esto no es para la tierra, no es para la tierra...
—Pues qué quiere usted que haga con ella, ¿quiere usted que la dedique a la marina?

Ayuntamiento de Madrid